

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CUBA

LOS TRES ASESINATOS DE ORLANDO ZAPATA TAMAYO

Nunca conocí en vida a Orlando Zapata Tamayo. Sólo he visto de él una foto colocada de mil maneras en internet. Posiblemente nunca hubiera conocido que existía si no fuera porque decidió hacer una huelga de hambre por razones que aún no conozco bien y murió en su empeño. Es decir, decidió hacer uso del único recurso que le queda a un recluso —la vida— y exponerla para dar una batalla moral ante el Estado cubano. Este tipo de hecho no es nuevo. Recuerdo, por ejemplo, que en 1981 un grupo de jóvenes del IRA apelaron al mismo recurso contra la conservadora Margaret Thatcher, y diez murieron. Entonces el *Granma* contaba cada día los pormenores de las huelgas de hambre y cuando moría algún joven lo reseñaba en primera plana, para consternación e indignación de sus lectores, entre ellos yo. Esta vez el *Granma* no ha dicho nada, porque esta vez el *Granma* es parte de la maquinaria que asesinó tres veces a Orlando Zapata Tamayo.

En resumen, no sé exactamente quién era Orlando Zapata Tamayo. Los partes de la disidencia indican que se trataba de un obrero negro de 43 años que fue encarcelado por participar en varias acciones pacíficas no permitidas

por el gobierno cubano —entre ellas, el Proyecto Varela, que buscaba recoger firmas para promover una reforma constitucional en el parlamento cubano— y que mantuvo una posición insostenible en la prisión, lo que le valió maltratos y el alargamiento de su condena de tres años iniciales a una cifra que, he leído, iba de 25 a 36 años. Según el gobierno cubano y sus relacionistas públicos, cubanos y extranjeros, se trataba de un delincuente común con una hoja de delitos baratos fomentada desde que tenía 22 años, y que posteriormente decidió enrolarse en la disidencia para continuar su carrera delictiva. Es decir, que la víctima pasó de robar carteras a promover un cambio constitucional y exponerse a altas penas de prisión.

En realidad, los argumentos del gobierno cubano me resultan muy dudosos. No entiendo cómo un ladrón vulgar de carteras puede pasar de improvisado a promover un cambio constitucional exponiéndose de paso a largas condenas de cárcel. Tampoco cómo un delincuente común y, además, oportunista se deja morir de hambre, durante un largo proceso en que tuvo 85 días para arrepentirse. Y si estaba preso por los delitos que mencionan, me parece extraña la tremenda cantidad de años que establecía la condena. Tampoco puedo explicarme cómo es posible que alguien se suicide por conseguir, dice el gobierno, un teléfono y una cocina para su celda, aunque fuese una cocina similar a la que tenía Fidel Castro en el presidio de Isla de Pinos

cuando fue encarcelado por la bárbara tiranía de Batista por asaltar un cuartel militar en 1953. Es evidente que tantos años sin una opinión pública crítica han reblandecido el sentido común de los propagandistas del gobierno cubano.

Y, finalmente, dudo de lo que dice el gobierno cubano porque si algo conozco bien es cómo la élite cubana es capaz de manipular la información, mentir e intoxicar a la opinión pública en un país donde no hay fuentes alternativas de comunicación, para conseguir cualquiera de sus objetivos. Es lo que convirtió súbitamente en 1989 a un héroe nacional en un corrupto, aburguesado y abusador, digno del fusilamiento; o a un brillante canciller que era capaz de interpretar como nadie el pensamiento del Comandante en Jefe (cualidad insuperable en una monarquía faraónica) en una soez sabandija envilecida por las mieles del poder.

De cualquier manera, para los fines de lo que quiero decir ahora, no me interesa saber quién era Orlando Zapata Tamayo ni por qué estaba preso. No tengo dudas de que el gobierno cubano nuevamente ha sacrificado la vida de un cubano para dar una demostración de firmeza represiva ante la oposición. Que el gobierno cubano ha permitido la muerte de un recluso. Y que, por consiguiente, el gobierno cubano ha cometido una acción criminal. Cuando el gobierno cubano decidió utilizar al presidiario fallecido como caso prueba para sus forcejeos políticos, decretó su asesinato: el primer asesinato.

No es un hecho inédito en Cuba. La naturaleza autoritaria del sistema político cubano incluye entre sus arbitrariedades el uso de casos para producir respuestas ejemplarizantes de cara a espectadores hostiles o poco confiables. Fue lo que sucedió cuando fueron ejecutados los implicados en la Causa 1 de 1989, una pandilla de rateros desafortunados pero que legalmente no merecían el fusilamiento. O en 2003, cuando fueron fusilados tres jóvenes, también negros, por intentar secuestrar una lancha para emigrar a Estados Unidos. Los fusilaron 72 horas después de sus aprehensiones, en un juicio sumario propio de capitanes generales, sin siquiera permitir una despedida familiar. Y ahora esta muerte consentida que envía un mensaje muy claro a la oposición y al posible surgimiento de otros huelguistas.

A la muerte física de Zapata sucedió un segundo asesinato: una avalancha de difamaciones organizada por el gobierno cubano. Utilizando para ello a algunos intelectuales devaluados del patio y a la red de voceros estalinistas que medran en la izquierda mundial, han dicho que la víctima era un preso común (culpable de exhibicionismo, de portar armas blancas, de cometer hurtos, de producir escándalos públicos e incluso de vender drogas a turistas) que exigía privilegios desmedidos para un presidiario, que atacaba a los guardias carcelarios, y hasta que era esquizofrénico y bipolar. De igual manera, no han escatimado esfuerzos para desnaturalizar el hecho, envolverlo en el conflicto Cuba-Estados Unidos y compararlo con no sé cuántas muertes que desgraciadamente ocurren en otras latitudes como Iraq y Afganistán. Es decir, para sacar el crimen del escrutinio público en nombre de la defensa de una revolución socialista que hace ya mucho tiempo no es revolución y nunca fue socialista. Es otra técnica: inhibir a los sectores democráticos y de izquierda del planeta agitando el espantajo de la agresión imperialista, como si las muertes que ocurren en otros lugares, como si el bloqueo/embargo, como si una sola de las conquistas sociales que han ocurrido gracias a la

acción del pueblo en el último medio siglo, como si uno solo de esos hechos pudiera justificar el crimen cometido contra Orlando Zapata Tamayo.

Y luego, Zapata Tamayo ha sido asesinado cuando el presidente/general Raúl Castro, haciendo alarde del más procaz cinismo, lamentó públicamente la muerte de un presidiario a quien su gobierno dejó morir. Ha sido su tercer asesinato en unas pocas horas.

Para la izquierda, el crimen contra Orlando Zapata Tamayo es un reto. Nada aquí puede ser justificado, y sólo puede ser explicado como la reacción criminal y represiva de una élite autoritaria y decadente que pisotea cada día al socialismo hablando en su nombre, mientras prepara su propia conversión en una nueva burguesía. En la misma declaración en que impudicamente lamentó la muerte de su víctima, el general/presidente Raúl Castro afirmó que estaba dispuesto a discutirlo todo con Estados Unidos. Yo diría que también a negociar todo, a excepción, claro está, de los propios poderes del clan Castro y sus apoyos militares. Y para llegar a esa meta (tan prosaicamente contrarrevolucionaria) ¿qué importa Orlando Zapata Tamayo? —

— HAROLDO DILLA
©cubaencuentro.com

CUBA ESTADO DE TERROR

Entrevista con Guillermo Fariñas

Esta entrevista con el periodista y disidente cubano Guillermo Fariñas, primera para un medio mexicano, la realicé vía telefónica y la transmití en vivo el día 3 de marzo del año en curso en el programa de radio que conduzco en la W. La situación desde entonces en Cuba no ha hecho más que empeorar, incluida la dispersión violenta de la pacífica marcha de la Damas de Blanco, la calumnia oficial sobre los disidentes encarcelados y la propia salud de Fariñas, dispuesto al martirio por la libertad de sus compañeros. Hago votos porque estas palabras tuyas que aquí transcribo no se conviertan en su epitafio.



La madre de Zapata Tamayo, dignidad y resistencia.

¿Cómo se encuentra usted en este momento?

Fuimos sometidos a una terapia intensiva en el cuerpo de guardia, donde nos administraron varios litros de suero. Estamos en este momento en nuestra casa, puesto que parece que, según las indicaciones de la seguridad del Estado al sistema de salud cubano —ya que en Cuba la seguridad del Estado está por encima de todos los otros organismos—, no nos quieren en una sala de terapia intensiva, puesto que en ese caso nuestra muerte sería responsabilidad del Estado cubano.

¿Lo rechazó el sistema de salud cubano, el día de hoy?

Sí. Nosotros llegamos con el sistema circulatorio totalmente colapsado, según le contó el médico a mi mamá y a mi esposa, y hubo incluso que ponernos un catéter a través de la yugular, que es una zona muy peligrosa. Pero como todo el otro sistema de venas estaba colapsado, no quedó más remedio que nos mantuvieran en el Hospital Celestino Hernández Robau durante una hora y media. Después nos enviaron hacia el Hospital Arnaldo Milián Castro, directo para terapia intensiva, pero ya cuando llegamos no tenía los criterios clínicos de la terapia intensiva, por supuesto, porque nos habían subido todos los niveles gracias al suero. Nos pusieron en cuerpo de guardia y allí nos volvieron a repetir la dosis, y después el director del hospital, el doctor Derby Jiménez, les dijo a mis familiares y al médico Ismely Iglesia Martínez —presidente del Colegio Médico de Villa Clara— que la terapia intensiva no estaba para huelguistas de hambre, sino que

estaba para salvar vidas; no para gente que se quisiera morir, y que si me quería morir que me muriera en mi casa. Y bueno, nosotros decidimos regresar a nuestra casa.

¿Qué Cuba quisiera usted? ¿Cómo es la Cuba por la que lucha? ¿Por qué está usted en huelga de hambre?

En general estamos haciendo disidencia porque quisiéramos una sociedad democrática, representativa, donde hubiese varios partidos políticos que interactuaran, libertad de expresión, libertad económica y todo eso que, por ejemplo, ustedes tienen en México. En el caso específico de esta huelga de hambre nosotros tenemos tres objetivos fundamentales: en primer lugar, no queremos que pase impune el asesinato alevoso, premeditado e institucionalizado del preso político y de conciencia Orlando Zapata Tamayo. En segundo lugar, nosotros estamos dirigiendo una petición al general del ejército Raúl Castro, con copia al comandante en jefe Fidel Castro Ruz y al ministro del Interior, general de cuerpo del ejército Abelardo Colomé Ibarra, que, si sus palabras no fueron cínicas al decir que lamentaba la muerte de un preso político cubano, debe escucharnos. Hay 26 presos políticos cubanos cuyas vidas, según los mismos servicios médicos del Ministerio del Interior, corren un peligro inminente; pedimos que los ponga en libertad y les otorgue la licencia extrapenal. Así saldríamos de estos problemas y no habría otros Zapata Tamayo. Y, en tercer lugar, si el gobierno cubano me deja morir —ya sea en un hospital o en mi casa— se está demostrando que lo que ocurrió con Zapata Tamayo no fue una particularidad ni una casualidad: es la generalidad, en un sistema político cubano que deja morir y que ha dejado morir desde 1959 a sus oponentes, estén en las prisiones o no.

¿Qué debe saber el mundo sobre Cuba, sobre lo que pasa allí?

Lo que debe saber el mundo es que aquí hay un temor institucionalizado, en todos los estamentos sociales, desde los más altos. Aquí los únicos



El martirio de Guillermo Farías.

que no tienen miedo son Fidel y Raúl Castro, pero todos los demás viven aterrorizados de que en un momento cualquiera puedan ser reprimidos. Ese es el gran miedo que existe aquí. Y también deben saber que Cuba usa sus medios —sus profesores, sus médicos y sus entrenadores deportivos— para aparentar una falsa solidaridad hacia otros pueblos y desviar la atención de lo que ocurre aquí dentro del país. Eso es lo que debería saber el mundo. Que aquí se vive en un estado de terror y esta es una isla-prisión.

¿Usted en este momento desea la muerte, el martirio, o le gustaría evitarlo?

En este instante nosotros estamos pidiendo una cuestión lógica: si esas personas tienen la recomendación y el diagnóstico, de parte de los propios médicos del Ministerio de Salud Pública, y de los servicios médicos del Ministerio del Interior, de que deben ir a sus casas, de que se les deben conceder licencias para que no ocurra otro asesinato alevoso dentro de una prisión, como el de Zapata Tamayo, creo que lo más lógico sería que estos reclusos, prisioneros políticos de conciencia, se vayan a su casa. Nosotros no estamos ni pidiéndole a Raúl Castro que deje el poder ni diciendo que el Partido Comunista cubano deje de ser el hegemónico, el único aceptado legalmente; solamente estamos pidiendo una cuestión humanitaria, y

yo creo que si el gobierno se considera tan humanitario como se proclama, esto es una cosa normal, una cosa que no va a desestabilizar al Estado.

Pero usted y yo sabemos, don Guillermo, que es muy difícil que eso ocurra en Cuba. Si no ocurre eso que usted busca, ¿seguirá en huelga de hambre hasta las últimas consecuencias?

Hasta las últimas consecuencias, y después de que yo me inmole por mi patria habrá otros relevos, que ya están planificados.

¿Hay otras personas, entonces, que ya están listas para tomar esa estafeta?

Sí. La cuestión es que nosotros no vamos a dejar pasar impune el asesinato alevoso de Orlando Zapata Tamayo, como disidencia pacífica. Esto lo tiene que tener muy claro el gobierno cubano y sus autoridades represivas.

Le pido por último que envíe un mensaje para México.

Yo quisiera que los mexicanos se percataran de que Cuba, desde el punto de vista geográfico y desde el punto de vista social, aparentemente es muy bella, pero debieran también interiorizar que aquí se reprime, se asesina, se deja morir a hombres simplemente por pedir las libertades fundamentales. Y que interioricen esto y se percaten de que Cuba es de todos los cubanos, no solamente de los que están en el poder. —

— LEÓN KRAUZE

CUBA

ACTORES Y DISIDENTES

El 1 de marzo, unos días después de que el disidente cubano Orlando Zapata falleciera en prisión tras una huelga de hambre de 85 días, el actor español Guillermo Toledo declaró: “la gran mayoría de los presuntos disidentes encarcelados en Cuba son terroristas, son gente que ha cometido actos terroristas contra el gobierno cubano, actos de traición a la patria y un montón de delitos”. Según él, Zapata era “un delincuente común” al que habrían engañado para protestar contra el régimen, y en Europa hay “una especie de persecución obsesiva y paranoide contra el Gobierno cubano”.

Toledo, que pronunció estas palabras en un acto sobre la situación en el Sáhara en el que pidió al Gobierno español que “dejera de joder”, tiene una larga carrera de activismo político: en la gala de los Premios Goya 2003 protestó ruidosamente contra la guerra de Iraq y participó en una sátira de la boda de la hija de José María Aznar. Sus declaraciones, que seguían rigurosamente la versión oficial del régimen cubano, contrastan con su apoyo a la activista Aminatu Haidar, que realizó una huelga de hambre en el aeropuerto de Lanzarote. Entonces, Toledo acusó al Gobierno español de mentir, estar “dejándola morir” y secuestrarla. En sus frases sobre Orlando Zapata, Toledo intentaba arrebatárle la dignidad a un muerto, negándole su condición de preso político, y defendía un régimen que no le permitiría manifestar su desacuerdo, como puede hacer en una democracia.

La familia Castro tiene un país secuestrado desde hace 51 años y es desolador que todavía haya quien defienda un régimen aberrante y liberticida, además de anacrónico, ineficaz y corrupto. La izquierda europea y latinoamericana ha mirado con indulgencia al castrismo en muchas ocasiones—José Luis Rodríguez Zapatero fue incapaz de decir nada sobre la muerte de Zapata el día de su fallecimiento en

la sala de los Derechos Humanos en Ginebra, mientras Lula sonreía junto a los Castro en La Habana—, pero esa actitud tiende al disimulo, a ignorar a la disidencia en nombre de la *realpolitik* y a tratar a la dictadura como una especie de pariente enfermo y conflictivo, en vez de una versión anacrónica y caribeña del “fascismo con un rostro humano”, como definió Susan Sontag a los regímenes comunistas. Es abyecto, deshonesto y relativista, pero ya no asume abiertamente el argumentario de datos distorsionados y mitos empleado por Toledo, que salpica la difamación de los opositores con las acusaciones falsas contra las democracias y la traición sistemática de la realidad. Ante el cadáver de Zapata, la huelga de hambre de Guillermo Fariñas—que continúa cuando escribo estas líneas— y el cautiverio de centenares de opositores, ese discurso añade a su indignancia intelectual un sesgo claramente inhumano.

No puede decirse que las palabras de Toledo estuvieran sacadas de contexto. Unos días después reafirmó su punto de vista en un *chat* en el diario *Público*, donde añadió: “Se puede afirmar que el grado de socialización de los beneficios [en Cuba] está mucho más cercano a lo que a mí me gustaría de lo que están en nuestro país”. Además, según él, el acto del juez Velasco de la Audiencia Nacional que acusa al Gobierno venezolano de ayudar a ETA es un infundio; en España se cierran periódicos porque se escriben en euskera y no dan “la información oficial”; y “Cuba nos está enseñando a leer” (supongo que en español).

Las declaraciones de Toledo recibieron muchas críticas, aunque menos de las que habría cosechado una defensa de un dictador “de derechas”. La asociación de actores que convocaba el acto se desmarcó de sus palabras y numerosos comentaristas las rechazaron. Muchas respuestas fueron lúcidas, como la de Elvira Lindo en *El País*. También hubo algunas irrelevantes, como una discusión sobre el tamaño del pene del actor en una tertulia televisiva. Días después, Toledo daba otro ejemplo de su juego con dos barajas, al equiparar las penas de cárcel

para quienes dicen lo que piensan en Cuba con esas críticas: “Yo por ejemplo he podido decir lo que me ha dado la gana, es cierto, y eso en Cuba puede acarrear ciertos problemas. En España, esos problemas son los que todos hemos podido ver en estos días en los medios de comunicación; en un linchamiento inaceptable en un país que tanto habla de democracia”. Es una montaña rusa que alterna la ceguera ideológica, la ignorancia de lo que significa la libertad de expresión, un eufemismo nauseabundo y el delirio. Linchar significa “ejecutar sin proceso y tumultuariamente a un sospechoso o a un reo”. El único fallecido del asunto es Zapata—que no es el primer muerto tras una huelga de hambre en las cárceles cubanas— y todos los condenados y los acusados están en Cuba. Sólo en un aspecto Toledo es coherente: no le gusta que opinen los que no opinan como él, ni en Cuba ni en España.

También hubo quien lo defendió: el PCE denunció el “linchamiento mediático” del actor; el cantante Miguel Bosé comparó la represión en Cuba con la patética censura de unas fotos de la presunta trama de corrupción del caso Gürtel—las instantáneas habían sido publicadas en prensa y las fotos pueden verse porque la exposición se ha trasladado—; y un grupo de actores y directores, entre los que se encuentran Javier Bardem y recientes ganadores del Premio Goya como Luis Tosar, Lola Dueñas y Raúl Arévalo, firmó una carta de apoyo a Toledo. En su texto, exento de cualquier referencia a la gerontocracia caribeña, critican la “campana contra su persona” y defienden “el derecho ciudadano a participar públicamente del debate político”. Es obsceno. Nadie le ha quitado a Toledo ese derecho, que la dictadura cubana con sus actos y él con sus palabras niegan a los opositores al castrismo. Él ha dado su opinión y otros la suya. Respetar el derecho a opinar no significa respetar todas las opiniones y la libertad de expresión no es unidireccional.

Después el manifiesto afirma que “desde una parte considerable de los medios de comunicación existe un mensaje permanente de rechazo a la

implicación política de los ciudadanos que trabajan en el mundo de la cultura”. Siguiendo una estrategia clásica de la argumentación totalitaria, busca una explicación de motivos e intereses ocultos y animosidad orquestada para el desacuerdo ideológico. Además, las declaraciones de Guillermo Toledo se convierten en las del “mundo de la cultura” y especialmente de los actores. En los últimos años, el cine español ha sufrido la antipatía de ciertos sectores. Hay varias causas y algunas son injustas, pero una de las razones ha sido precisamente esa sinécdoque: unos cuantos se designan representantes de todo “el mundo de la cultura”, normalmente para defender posiciones supuestamente progresistas y a menudo partidistas. Sin duda hay gente que trabaja en el sector cultural y no vota a los partidos de izquierda. O que lo hace y está en contra de que se prohíban libros y se persiga a periodistas o se impida que los ciudadanos de un país viajen al extranjero o se limite su acceso a internet (incluso, puestos a defender el derecho a participación política en España, seguro que muchos no aprueban que unos estudiantes intentaran boicotear una conferencia de Rosa Díez en la Universidad Autónoma de Barcelona). Y sin duda la mayoría no aprueba un régimen dictatorial como el de Fidel Castro. Ha habido actores que han manifestado su desacuerdo con las palabras de Toledo y la carta en su apoyo —como Imanol Arias, Gabino Diego o Andy García—, aunque quizá debieran hacerlo también otros y con mayor contundencia, porque esa apropiación de “los actores” o el mundo de la cultura es un disparate.

Las declaraciones de Toledo son un ejemplo de la libertad de expresión que disfrutamos quienes tenemos la suerte de vivir en democracia: también protege a quienes querrían a sus rivales políticos callados o muertos. La respuesta airada y argumentada de muchos sectores y el rechazo a su defensa del totalitarismo pertenecen al mismo ejercicio, y son un ejemplo de cordura y salud democrática. —

— DANIEL GASCÓN

CHILE

ESTAMOS TEMBLANDO

La noche del terremoto, esto lo saben todos, hubo luna llena. Según los que pudieron apreciarlo —yo sé de un danés que vive en el Cajón del Maipo que se sentó a contemplar el movimiento inmenso de las montañas, y del marido de una amiga que se tendió sobre el pasto, como un nadador sobre las olas a disfrutarlo—, el espectáculo fue fantástico. La tierra se sacudía, el suelo perdía su dureza acostumbrada, los árboles bailaban como drogadictos en trance, y hasta las montañas, según el danés, despertaron de su letargo. Donde había más seres humanos cundió el pánico. Eran las 3:34 hrs de la madrugada del sábado 27 de febrero, el último fin de semana de las vacaciones para los chilenos. Ese día, a esa hora, muchos de los despiertos estaban borrachos. Pocos conversan hasta tan tarde un día de fiesta sin una copa o vaso cerca. El dueño del bar Liguria, uno de los más concurridos en Santiago, me contó que las cámaras de su local habían registrado cómo los clientes que escaparon volvían por sus tragos entre réplica y réplica. En la pequeñísima cantina de Llo Lleo que frecuenta el poeta Mellado, se sentaron él y su dueño —Torito— a tomar whisky para pasar el susto, mientras poco más abajo, sin que ellos se dieran cuenta, las olas revolvían casas por dentro y por fuera. A la mayoría los despertó el terremoto. Entre esa mañana y el día siguiente regresarían a sus domicilios la mayor parte de los veraneantes. La luz se cortó enseguida en prácticamente todo el territorio sacudido, desde la quinta hasta la novena región, la mitad de Chile donde habita más del 80% de la población. Los teléfonos móviles dejaron de funcionar. La radio fue para muchos el único contacto con la realidad. En las costas hubo pueblos, como Bucalemu o Iloca, donde carabineros pasaban alertando riesgo de tsunami; en otros, la gente corrió instintivamente a las tierras altas, pero, por una descoordinación inadmisibile,

al poco rato las autoridades descartaban el peligro de inundación. El mar se apoderaba de villas completas, mientras desde la capital eran negadas las posibilidades de un maremoto. Hubo hombres y mujeres, en ciudades como Dúo, Constitución o la isla de Juan Fernández, que bajaron de los cerros al escuchar la buena noticia, y la segunda o la tercera ola, porque fueron varias, acabaron con ellos. Las explicaciones han bordeado el absurdo: que circuló un fax borroso, que la Armada no fue clara, que le faltó personalidad al encargado de notificar la alarma por temor a equivocarse. Semejante estupidez costó un montón de vidas. La información circuló lentísima. Pidieron a los veraneantes que atrasaran su regreso lo más posible. Las carreteras estaban cortadas en muchos puntos. En Américo Vespucio, una de las principales arterias de la capital, cayó un paso sobre nivel mientras cinco autos lo atravesaban. Milagrosamente, en el instante no murió nadie, aunque producto de estos cortes los accidentes vinieron más tarde, cuando otros autos pasaron de largo y cayeron al abismo. Un filántropo murió atropellado intentando detener frente al barranco, aleteando los brazos, al vehículo que lo arrojó. Ese sábado, en los lugares que no habían perdido la energía eléctrica, la televisión comenzaba a mostrar imágenes que daban una primera idea de la magnitud del desastre. Sólo una primera idea, porque la verdadera dimensión del siniestro fue asomando paulatinamente. Santiago, salvo media docena de edificios desplomados y sus viejas casonas y rincones de adobe trizadas o caídas para siempre, resistió bien. Los edificios más altos se ladeaban como ramas, y dicen los que estuvieron en sus pisos superiores que al mirar por las ventanas vieron pasar otros rascacielos de lado a lado, como la aguja de un metrónomo. Al avanzar ese sábado, Concepción, la tercera ciudad más importante de Chile —si acaso hay unas más importantes que otras—, se volvió el centro de la noticia. Se sabía poquísimos de la situación de sus habitantes (cerca de 250.000), pero todo

indicaba que la capital de la región del Bío Bío estaba prácticamente en el suelo. Hubo saqueos a molinos, bodegas, supermercados y grandes tiendas. La televisión, como era de esperar, se concentró en esas imágenes. Los periodistas acercaban el micrófono a tipos que cargaban inmensos sacos harineros o pantallas de plasma, y lo curioso es que algunos les daban entrevistas a pesar de la carga y el delito flagrante que cometían. Los opinólogos empezaron a hablar de una fractura peor que la terrestre: la moral, y fueron muchos los que aparecieron pidiendo a gritos la presencia de los militares. Algo parecido sucedió en el puerto de Talcahuano, donde empujados por el tsunami hubo barcos que se adentraron por las calles de la ciudad y goletas pesqueras volteadas en las esquinas. Ese lunes salí a recorrer algunos de los sitios costeros siniestrados, y ya en el camino me fui encontrando con poblados del campo tradicional chileno completamente en el suelo. La historia de Chile, desde la colonia, está construida de adobe. Las pocas edificaciones de esa época que se habían mantenido en pie eran de ese material, y sucumbieron. Las iglesias de Peralillo, de Lolol, de Doñihue, y sus casas de fachadas continuas, color concho de vino, amarillentas, con restos de paja en los muros, no resistieron los 8.8 grados en la escala de Richter con que se movió el piso. Lo curioso, sin embargo, era que ahí la vida continuaba. Sus moradores deambulaban por las calles con esa calma propia de las zonas rurales, donde al parecer la gente sabe rendirse ante lo irremediable sin mayores aspavientos. Removían con palas los escombros como si barrieran hojas del patio. En la plaza de Peumo había viejos leyendo el periódico, cuando hasta la funeraria Cortés, la principal del pueblo, estaba en el suelo. En el cementerio de Lolol, Carlos Faúndez, un viejo que se paseaba por ahí a falta de otros parientes a los que atender, nos mostró un muerto que había sacado sus pies de la tumba. Hubo cementerios en los que muchos de sus moradores consiguieron escapar de ataúdes hechos añicos.

Durante el trayecto, las radios que podíamos captar transmitían el devenir de la supuesta turba en descontrol. La noticia estaba radicada en la violencia, en los territorios de la acción. Llegaron a circular rumores de hordas que avanzaban a desvalijar los barrios altos de Santiago, cosa que nunca estuvo ni cerca de suceder, pero que le daba al panorama noticioso un tinte intimidante. El gobierno, comentaban algunos, actuaba de modo timorato. La presidenta Bachelet recorría el territorio bajándose del helicóptero en cada punto en que latía la tragedia, pero la perplejidad era más fuerte que la lucidez y las declaraciones emotivas acompañaban más que las cuadrillas de emergencia. Treinta y tantas horas después del remezón se decretó estado de catástrofe y las zonas urbanas devastadas pasaron a estar al mando de los militares. Se instaló el toque de queda a las seis de la tarde. En estos lugares no había luz ni agua, y en muchos de ellos siguió sin reponerse hasta varios días después. Caminé sobre las ruinas de Boyeruca, entre juguetes, lavadoras, zapatos y redes de pescadores. Boyeruca es un pueblito ubicado en la desembocadura de las salinas de Lo Valdivia, unos 300 km al sur de la capital. Sus casas bordeaban un estero en el que habita una gran variedad de pájaros, y por ahí entró el mar—luego de recogerse cientos de metros, dejando ver enormes rocas desconocidas en lontananza y gran cantidad de peces sacudiéndose sobre la arena—, lijándolo todo a su paso, arrancando murallas de raíz, convirtiendo la ciudad en un campamento que parecía arrasado por una estampida de elefantes. Unos surfistas cristianos distribuían ropa usada entre los damnificados en lo que pudo ser la plaza del poblado. Toda esa costa es paraíso de surfistas. Esa noche tembló y, no obstante, a la mañana siguiente, en las playas vecinas, recién amaneciendo, se los podía encontrar cazando olas, mientras los habitantes del lugar continuaban durmiendo en tiendas de campaña instaladas en las lomas por terror a nuevas marejadas. Más de una semana después



Foto: AP

Lo que arrastraron las olas.

de la catástrofe, seguían apareciendo a la luz pública pueblitos destruidos de los que no se sabía nada e historias humanas en las que primaba lo atroz: una madre a la que el mar le arrancó sus dos hijos de los brazos, un padre que vio cómo se demolía el edificio en que su primogénito se extravió, el conductor de una máquina al que todos vimos caerle un silo encima, autos navegando con los faroles encendidos, miles de familias que lo perdieron todo y que ahora, instaladas en carpas o bajo toldos improvisados, comienzan a sufrir las primeras lluvias. El sábado recién pasado, en las costas de Constitución, el mar devolvió el cadáver de un niño, una semana después de llevárselo. Aquí se ha dicho de todo. Los analistas han encontrado teorías fantásticas para explicar reacciones que, a decir verdad, son más propias del hombre abandonado al estado de naturaleza que producto de ideologías perversas. Todo ha sucedido en medio de un cambio de gobierno. Hoy, jueves 11 de marzo, se produjo el traspaso del mando en la presidencia del país. Sebastián Piñera, el derechista ganador en las elecciones de enero, desplazó del poder a la Concertación, la coalición de centro izquierda que acabó con Pinochet y que lleva dos décadas en el poder. Mientras se desarrollaba la ceremonia en el Congreso, volvió a temblar con fuerza.



Tsunami: ruta de evacuación.

Hasta Evo Morales se puso blanco de miedo. Cristina Kirchner, la presidenta de Argentina, se agitaba como una loca mientras veía menearse la lámpara principal del salón parlamentario. En la transmisión radial del solemne evento, se escuchó una voz que ordenaba a gritos hacer abandono del recinto. Piñera, el presidente electo, entró con el rostro desfigurado; Bachelet, la presidenta saliente con la más alta popularidad que conozca la democracia chilena, abandonó el edificio en medio de una ovación nerviosa. Ha seguido temblando toda la tarde. Entre los amigos, apenas se restauraron las líneas telefónicas, nos llamamos para comentar lo extraño de la jornada que estaba aconteciendo. De una parte, concluía el gobierno de la coalición democrática con la que habíamos crecido y por la que habíamos luchado, y de la otra, la tierra entera no cesaba de moverse. No viene al caso hacer analogías delirantes, pero una manera de ver Chile terminaba en cataclismo. El día de hoy ha reinado el desconcierto. Sumidos en la conmoción, nos ha costado dimensionar lo que significa el traspaso del poder político de la coalición que reconstruyó la dignidad de Chile a la derecha que la destruyó. No es que los pinochetistas y defensores de la dictadura hayan vuel-

to a La Moneda, pero la pena de la derrota no ha sido pena simplemente: escribo desde un país que se encuentra terremoteado. Cunde la perplejidad. Abunda la incertidumbre, la ausencia de proyectos convincentes, la dispersión política. Las discusiones ideológicas de antaño han dado paso al cacareo y las murmuraciones. “Lo que pudo haber sido y lo que ha sido tienden a un solo fin, presente siempre”, escribió T.S. Eliot, y algo así se percibe por estos lados. Miles de personas están viviendo la precariedad, el suelo sobre el que caminamos se encuentra en permanente agitación, la gente tiene miedo, nuestras cabezas se hallan nerviosas, los diálogos son extraños. Ronda un ambiente bíblico, para no decir apocalíptico. Sabemos que la historia no está terminando aquí, pero a los residentes de este rincón del mundo, donde el planeta se desmiembra en archipiélagos, las cordilleras rugen, los glaciares se desmoronan y el desierto guarda misterioso silencio, nos parece estar habitando un espacio de alucinante inestabilidad. Sólo una frase a favor de Chile: mientras otras naciones latinoamericanas, con todo derecho, pueden jactarse de la cultura que han dado al mundo, a nosotros nos corresponde la más endeble de las ofertas: somos un lugar de nadie, la playa donde cada tanto vuelve a desembarcar Noé, el sitio ese en que la tierra devastada puede ser el paraíso de los que no tienen lugar y buscan nacer de nuevo. Un territorio que corcovea furiosamente cada tanto, recordándole a sus moradores que acá nada es para siempre. —

— PATRICIO FERNÁNDEZ

CHILE

TEMOR Y TEMBLOR

De pronto las calles de Talcahuano y Concepción amanecieron llenas de electrodomésticos. Ahí, cerca, muy cerca del epicentro de uno de los temblores más poderosos que recuerda la huma-

nidad (el séptimo, dicen los *rankings*), los objetos se rindieron antes que sus dueños. Las cosas se entregan como para esconder por última vez a los habitantes que se las llevaron violentamente hace apenas una semana. Sin nombres, sin dueños, los objetos huérfanos estaban dispuestos a cargar con toda la culpa de una semana de fiebre en que pasaron demasiadas cosas en un país en que en general nunca pasa nada.

Equipos de música y gimnasia, antenas parabólicas, tostadoras de pan y hasta rebanadoras de jamón: un botín que sus saqueadores devolvieron justo ahora que lo podían usar. Antes, cuando en masa atravesaron las cortinas metálicas de los supermercados, no había luz para echar a andar ninguno de los aparatos robados. Con la luz llegó la oportunidad de aprovechar de su robo, pero llegó también la señal de la televisión. Los saqueadores pudieron contemplar cómo sus robos espontáneos y masivos eran el tema central de todos los noticieros del país. Convertidos en una vergüenza nacional, tratados de lumpen, escorias o síntoma sociológico, vieron también a don Francisco y a la presidenta saliente Michelle Bachelet y al presidente electo Sebastián Piñera cantar detrás de una bandera estirada al final de 27 horas de la Teletón “Chile ayuda a Chile”. Terminada la transmisión oficial, no les quedó otra alternativa que esconderse en el fondo de la noche a devolver los objetos robados. Don Francisco, volando apurado de Miami, y visitando aún más apurado el derrumbado hospital de Talca en que nació, había logrado lo que la presidenta, los partidos, los intelectuales, la prensa y la iglesia no pudieron hacer: reconectar a Chile con su mito más antiguo, el país que sabe unir en la adversidad.

En directo y en televisión se cerraba el ciclo que se había abierto una semana antes cuando el reportero Amaro Gómez Pablo transmitió en directo, como si se tratara de un partido de fútbol, el primer saqueo. El periodista, chileno pero de fuerte acento peninsular, les preguntaba a un padre y a un hijo que robaban juntos si el televisor plasma

que se llevaban era o no de primera necesidad. En una inusitada muestra del peor periodismo, se ponía a increparlos en directo, juzgándolos por robar en familia. Los saqueadores respondían levantando los hombros con desinterés sin comprender qué de malo tenía su acción. No había en Concepción, a esa misma hora, luz ni agua corriente ni información alguna. Los pocos militares que patrullaban las calles llegaban a echar de menos las calles de Puerto Príncipe, donde la miseria era tres veces peor, pero la calma mucho más completa. La alcaldesa de Concepción, la derechista Jacqueline van Rysselberghe, culpaba a las autoridades de no querer hacer nada porque no tenían hijos o parientes en Concepción. El alcalde de Hualpén, el centro izquierdista Marcelo Rivera, aconsejaba por radios: “Si hay que disparar, disparen.” En la noche en Quilicura, comuna de clase media recién salida de la pobreza, esperaban, armados de escopetas hechizas, espadas de *La guerra de las galaxias* y toda suerte de pistolas, la llegada de una banda de saqueadores que visitarían las calles en una camioneta blanca que nunca llegó.

A Juan Villoro, Francisco Hinojosa y Daniel Goldin, escritores y editores mexicanos que se han quedado atrapados en Santiago, les impresiona, en cambio, la solidez de la arquitectura chilena y el civismo de su gente. A tres días del temblor comemos con el grupo de mexicanos en el Rivoli, el mejor restaurante italiano del país, entre réplicas asumidas por los ciudadanos con perfecta calma. El terremoto que cambió el eje de la tierra y le quitó unas milésimas de segundo al día, seguido de un maremoto de olas de más de quince metros, produciría en cualquier país del Tercer Mundo diez veces más ruinas que en Chile. El del Perú hace tres años, el de Haití hace algunos meses, pero también el huracán Katrina en Estados Unidos, son pruebas patentes de que ante lo inaudito ni los ricos ni los pobres, ni la izquierda ni la derecha, tienen respuestas. Todo es una cuestión de expectativa, pienso al hablar con los amigos mexicanos que bajaron de sus

habitaciones de hotel esperando ver a su alrededor la ciudad derrumbada y la encontraron casi intacta, sólo sin luz, habitada por cientos de fantasmas en pijama durmiendo en la vereda. El drama del terremoto, la lentitud de la respuesta ante él, la descoordinación, el saqueo: todo nace justamente de una expectativa errada de lo que Chile es y ha sido, de lo que se puede esperar del milagro chileno.

Aunque parezca absurdo, los chilenos esperábamos con total candidez sobrevivir a un terremoto de 8.8 grados en la escala de Richter casi sin víctimas ni destrucción. Lo pensaban no sólo los desinformados más ilusos sino la misma presidenta, que perdió las más valiosas horas minimizando el desastre hasta dejar que un tsunami pasara delante de sus narices sin anticiparlo. ¿Un error de comunicación? ¿Un descuido perdonable por la magnitud del desastre? Lo mismo le sucedió a la presidenta con el Transantiago y la fiebre porcina. Lo mismo, a un nivel más frívolo, le ocurrió con las elecciones y la derrota de su coalición. Como tantas veces en la cabeza de Michelle Bachelet y sus asesores, el deseo se sobrepuso a la realidad. El país la ama quizá también por eso, porque la presidenta encarna un relato embellecedor de nosotros mismos. Porque su ingenuidad es la nuestra, la de los chilenos.

Así, un terremoto que todos los especialistas, que todos los campesinos, que todos los adivinos esperaban fue para el gobierno de la Bachelet una total sorpresa. La coalición del gobierno, ya removida por la elección que perdieron y pudieron ganar, deja ver del todo sus grietas. ¿Corrupción, descomposición social? No, sólo ineficiencia, descuido, una completa falta de visión de conjunto, de una mirada más allá de lo doméstico. Una falta de densidad cultural, de conocimiento de la historia, del simple sentido común que da la experiencia, no sólo la propia sino la de los antepasados, los vecinos o hasta los personajes de ficción. La Concertación ha gobernando mejor que cualquier otra coalición de centro

izquierda en América Latina, pero a la hora del desastre no sabe por qué y para quién lo hizo. En tan pocos días vio muchos de sus principales logros desmentidos por la catástrofe: las carreteras concesionadas de Lagos que quedaron completamente inutilizables; la solidaridad y la asistencia social que, cuando faltan dos días, se convierte en saqueo y brigadas de civiles armados esperando a los vecinos; el sometimiento de los militares al poder civil, mientras el comandante de la fuerza área desmiente a la presidenta, el ejército deja circular rumores de ineficiencias del ejecutivo y la marina les echa la culpa a los civiles de su negligencia criminal, la negligencia de asegurar a través de un fax con tinta ilegible que no habría tsunami en el mismo momento en que las olas se llevaban a Constitución. Veinte años en que gobernaron los hijos de Allende y de Frei para entregarle a Sebastián Piñera un país atravesado por las huellas de una desigualdad social que *rankea* entre las peores del mundo, un país que aplaude la llegada de los militares y sólo sale a la calle a solidarizarse si se lo pide don Francisco por televisión.

Todo es una cuestión de expectativa. Esa es la tragedia chilena, la de las expectativas, la del país que quiso ser y nunca será. Los haitianos no esperan casi nada de sus autoridades y por eso saben esperar. Los saqueadores de Talcahuano, los linchadores de Concepción, pagaban y seguían pagando departamentos “como en Santiago”, nuevos y con piscina, que se derrumbaron como castillos de naipes. Más que siniestrados, fueron estafados. No tienen paciencia, porque la paciencia no era parte del contrato. Desnudos, mientras la autoridad gubernamental se esfuerza en negar su existencia, mientras la autoridad local atiza el fuego —negando el reparto de ayuda a las poblaciones que participaron en saqueos—, los clientes a los que no les vende nada entran a robar no para sobrevivir sino para ser consolados. ¿Se arrepienten? No tienen tiempo, saben que olvidarán todo eso en tres meses. Saben que esa capacidad de

olvido es lo que ha mantenido a Chile de pie de terremoto en terremoto, aprendiendo lecciones que es mejor que olvide para seguir adelante, tropezando cien veces con la misma piedra que es quizá Chile mismo.

De todos los Chiles posibles sólo dos han mostrado en este terremoto su debilidad estructural. Por un lado, el viejo Chile de adobe: la hacienda, el monasterio de paredes gruesas, la vieja casona de tierra y pasto. Ese Chile arcano y el recién inaugurado, el de los edificios inteligentes de la ciudad empresarial, las carreteras concesionadas, los aeropuertos aerodinámicos. Como los dos extremos de un paréntesis, el Chile colonial y el posmoderno han quedado al mismo tiempo en tela de juicio. ¿Qué tienen que ver esas dos ruinas? La casa de adobe, como el departamento de diez pisos en la muy sísmica Concepción, fueron construidos a espaldas del país. Copia el adobe de la hacienda extremeña y andaluza. Copia el edificio Alto Río de Concepción o el Emerald de Ñuñoa, de un cierto Miami donde los huracanes y no los temblores son el problema principal. Entre medio, en la época en que se construyó el edificio cuadrado y sin gracia en que escribo este artículo, aprendimos las lecciones de la tierra. Las leyes estrictas que cumplieron los gobiernos de Alessandri, Frei, Allende, Pinochet, Aylwin y Frei Ruiz-Tagle. De signos contrarios todos estos gobiernos, de ideologías muchas veces enemigas, pero marcados por la memoria de nuestra fragilidad, conscientes de nuestra falla, acumulando los unos y los otros conocimientos sobre cómo se tiembla y hasta cuándo.

Así, más que destruir nuestras ilusiones, más que quebrar el milagro chileno (se espera para los próximos meses un crecimiento espectacular de la economía chilena), el terremoto nos devolvió a una constante que ya habíamos olvidado: preocuparse por las bases de los edificios, no subir demasiado alto, no alejarse demasiado de la falla terrestre. Castigo a nuestra soberbia, pero también fin de fiesta. Comienzo de un invierno al que no sabemos ya volver.

El discurso inaugural de Piñera, lleno de invocaciones a Dios y parrafadas patrióticas, demuestra que el sueño de una derecha liberal ha quedado nuevamente archivado. Como niños que somos cada vez más, ante el reto del padre televisivo que es don Francisco, los dueños y dueñas de casa esperan la oscuridad de la noche para devolver lo robado. Ilusionados, como se ilusionan siempre los niños, con la idea de que pueden convencer al padre de que no pasó nada, de que todo fue un sueño, una pesadilla, un juego. —

— RAFAEL GUMUCIO

CHILE

UN INSTANTE Y 28 INSTANTÁNEAS

a Juan Villoro, que lo vivió conmigo

Un recio tropel de piedras que se quiebran, parcas, sordas, desde la oscura profundidad del suelo. Parcas sordas. Una invasión de termitas invisibles y voraces que en estampida todo minan. En vano intento describir un sonido que en esencia es amenaza.

1 El sueño protege al sueño. Cuando se lleva tres noches casi en vela es natural que uno intente incorporar al sueño cualquier ruido que ponga en riesgo el descanso. Pero el escándalo de un terremoto no se puede asimilar.

2 El subsuelo, los edificios, las paredes y los techos, los muebles y las lámparas que penden, los objetos que caen y se revientan. Todo suena. Y el tiempo se dilata. ¿Estoy despertando de mi sueño o también de otro sueño más atávico, el de los afanes de verticalidad y solidez?

En el *impasse* se extiende una incommensurable sensación de horror y extrañeza.

3 El terror descarga adrenalina. Pienso, recuerdo, hago cálculos a una velocidad desorbitada. Está temblando, me digo. Y eso me tranquiliza.

Los mexicanos estamos habituados a los sismos. Nos los colgamos como medallitas. Pero Karen es belga y ella se ha quedado en casa con nuestro hijo de tres meses.

Estiro la mano para llamar y decirle que estoy bien. Pero la línea está cortada. O no acierto a discar correctamente (¿era primero el 9 o el 0?). Tal vez debido al bamboleo disco erróneamente. Enciendo la luz. La lámpara titubea. Antes de que se apague veo que la pared se agrieta. Una nube de yeso flota en la habitación.

Esto no es un temblor más.

4 Los mexicanos estamos acostumbrados a los temblores. Pero no se puede estar habituado a un terremoto. Y es aterrador el momento en que descubres la diferencia.

Seguramente los especialistas tienen formas precisas para describirla. Para mí es la dilación que me permite presentir mi muerte. Ser uno de esos números impersonales que fagocitan los noticieros. Tan tan aquí se acabó mi historia. En cama ajena. Lejos de los míos. Ya no seré en palabras sino en cifras.

5 Sobrevivir a un sismo tiene mucho de azar. Lo aprendí en septiembre de 1985, durante el terremoto de la ciudad de México. Algunos que huyen despavoridos acaban prensados en la escalera. Otros perecen paralizados por el pánico.

Si todo es riesgoso, es mejor elegir lo propio. Hacer lo que uno sienta. O pueda. Estoy en un quinto piso, tengo un esguince, no puedo correr ni sabría hacia dónde.

Hago cálculos. El terremoto ya pasó pero la pesadilla apenas comienza. Vislumbro los días subsecuentes. Salgo de la habitación con el pasaporte,



El Museo de Arte, dañado.

la cartera y las muletas que la tarde anterior había conseguido. Lo primero es lo imprescindible para volver. Lo segundo escaseará en pocas horas. Antes de cerrar la puerta regreso por los zapatos. Imagino el piso lleno de escombros y cristales. Conviene evitar otra herida.

6

Si la civilización es aquello que construimos para reducir la incertidumbre, vivir un sismo en un hotel es confrontar de manera extrema las culturas. En el pasillo me encuentro con una pareja de suecos desquiciados. Sus caras no revelan sólo susto, están enojados contra estas tierras indómitas e imprevisibles. Un encono que aflora de súbito pero viene de antiguo.

Si estuvieran viendo las noticias en el plácido sillón de su hogar, tal vez incluso se habrían compadecido de los pobres chilenos, pero ahora son una víctima más. Y eso les resulta imposible de aceptar.

7

¿Es esto un terremoto?, pregunta Teresa Colomer; parece ingenuo pero no lo es. En su natal Barcelona sólo se conoce de los sismos a través de las noticias.

Por propia experiencia sólo muy pocos podríamos contestar. ¿Cuántas personas hemos vivido dos o más terremotos? Como tantas otras cosas, los movimientos telúricos están desigualmente distribuidos. Y son las vivencias previas las que determinan nuestras reacciones.

Los mexicanos nos consideramos expertos. Pero ¿para qué me ha servido la experiencia? En 1985 estar habituado a los sismos me impidió imaginar la magnitud del desastre en la ciudad de México. En 2010 la experiencia del 85 me hace suponer una ciudad devastada y cientos de miles de muertos. Sé que el hecho de sobrevivir no es garantía de que la ciudad esté en pie.

8

—Ha pasado algo terrible. Un terremoto destruyó Santiago, debe haber cientos de miles de muertos, pero estoy bien. También Pancho, Juan, Yolanda y Elisa. Llámale a mis hijos y a los amigos. No sé cuándo podremos hablar de nuevo, le digo a Karen a través del Blackberry de Patsy, una amiga canadiense. Es mejor perturbar su sueño ahora a que despierte en unas horas con una noticia y ya estemos incomunicados.

9

Hace unas horas éramos tan diversos que a nadie se le habría ocurrido hablar de un conjunto. Ahora todos compartimos una misma condición: somos sobrevivientes: los huéspedes de las más diversas nacionalidades, los novios que festejaban en el hotel su matrimonio con decenas de amigos y familiares, el personal del hotel que nos atiende. En este improvisado carnaval las pijamas y camisones resultan vestimentas menos estrafalarias que los brillantes vestidos de noche de las damitas de honor.

10

No ha terminado de temblar y, pepinando aquí y allá anécdotas y emociones, ya estamos construyendo una morada tan precaria como un relato. En esos albergues nos guarecemos del espanto.

11

Dicen que los perros perciben los sismos antes que los hombres. No lo sé. En la acera del hotel donde me reúno con otros compañeros del Congreso Iberoamericano de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil tres perros callejeros buscan resguardo entre nosotros. No quieren comida. Sólo compañía.

Al día siguiente alguien me cuenta que un pariente suyo vivió el sismo en un piso 15 con dos perros que se cagaron del miedo. ¿Es este el valor de la cultura: buscar un refugio en las experiencias vicarias o vividas, para no cagarse de miedo?

12

Comprender, adecuarse, actuar para regresar a la normalidad. Cada uno tiene su manera, pero las operaciones son las mismas. Después de la sacudida es preciso encarrilar el transcurrir del tiempo que yace fracturado. Hay que eliminar la incertidumbre que asoma por las grietas. Zurcirlas, primero con palabras.

13

El matrimonio de suecos desquiciados huye de nuestra algarabía extrañamente festiva. Los miro alejarse en

la penumbra pues media ciudad ha quedado a oscuras, desoyendo al personal del hotel que nos pide que no nos alejemos, pues en la otra acera andan asaltando.

14

Como en cualquier desgracia el terremoto despierta a las aves de rapiña.

Hay muchas formas alimentarse del desamparo de los otros. Unos se lanzan a la calle a romper vidrieras o a robar al peatón apanicado. Queiebran las vitrinas para acceder a lo que cotidianamente se les muestra y sin embargo no está a su alcance. Si se ha cimbrado todo, por qué contenerse.

Otros alimentan su santidad mostrando su rostro compungido. A lo largo de los días veremos cómo crecen ambos bandos.

15

La luz de la mañana nos muestra algo muy distinto del desastre conjeturado. Santiago está de pie. Sus anchas avenidas desoladas. No circulan bomberos ni ambulancias, prácticamente tampoco autos.

El edificio más dañado ha sido justamente el Museo de Arte, sede de nuestro congreso. Veremos las fotos una y otra vez. En la tele. En los diarios nacionales. En las ediciones electrónicas de los diarios internacionales. También aquí hay un golpe (de efecto) y sus réplicas. Réplicas de réplicas para construir verosimilitud (o para alimentar a los cernicalos).

16

Curiosamente en ninguna foto de la fachada derruida aparece la manta que anuncia que es la sede del Congreso. Todos los participantes sabemos que si hubiera temblado seis o siete horas más tarde seríamos un capítulo negro de la historia de la literatura para niños y jóvenes en Iberoamérica. Esa misma historia que habíamos estado descubriendo, fundando e inventando durante las dos primeras jornadas del congreso. Por una vez nos alegramos de ser nadie, una vez más.

17

La planta baja del hotel Plaza San Francisco se ha convertido en un campamento de refugiados. Deambulamos por el lobby, el bar, la sala de TV. Vivimos un tiempo imbécil en el que no hay cabeza para nada.

Para saber dónde estamos, qué ha pasado y en último caso qué nos pasará, debemos recurrir a los otros que sin embargo nos llaman para saber de nosotros, cómo estamos, qué nos pasa, qué estamos viviendo. Miramos la tele para enterarnos de nosotros. Tratamos de casar lo que escuchamos y vemos en las pantallas con lo que vemos. Lo que vivimos con lo que se supone que deberíamos estar viviendo.

18

Desde que comenzó el temblor nos deslizamos de ser uno a ser otro. Ser con los otros. Ser nosotros. Cada desliz recuerda lo realmente importante. Haber estado cerca, haber podido estar en el otro lado.

La diferencia entre estar en uno u otro lado tiene que ver con decisiones instantáneas. Pero esos segundos se prolongan toda una vida.

19

Con Teresa Colomer y Daniel Cassany damos vueltas por la ciudad en el auto con Constanza de Mekis y su hija fotógrafa. Cruzamos el río Maipo un par de veces. La quietud recuerda un día de asueto. Museos, comercios y parques están cerrados. Pero nadie cierra un cementerio después de una catástrofe. Y sólo a tres turistas nostálgicos y dos chilenas locas y adorables se les ocurre visitar el panteón donde reposan los restos de Allende.

“Mucho más temprano que tarde se abrirán las anchas alamedas”, releo en la lápida aquellas frases que supe de memoria. Estamos a escasos días de que concluya el regreso de los socialistas al poder. Otro septiembre que rebota en mi memoria en este extraño día.

20

Es imposible no pensar en 1973. Es

inevitable interrogarnos por las formas en que se construyen y destruyen nuestros países.

¿A qué imputarle la destrucción de la ciudad de México y su contraste con el incólume Santiago? ¿Sólo al subsuelo de nuestra ciudad?

Tal vez, más que en el limo, la respuesta se encuentre en la cultura cívica y política de los chilenos, tan alejada de la picardía y de la corrupción latinoamericanas.

21

Resulta extraño ver a la presidenta Bachelet retratada cuando todavía no hay un reporte de lo sucedido: sin disimulo alguno, la muestran desconcertada, pero ocupándose. ¡Qué distinto al recatado silencio oficial de nuestro 19 de septiembre!

22

Muchas cosas se han derrumbado en estas décadas, además de democracias y dictaduras. Estoy en Santiago con más de cuatrocientos autores, ilustradores, editores, promotores de lectura y funcionarios de más de diez países de Iberoamérica. No nos convocó ningún gobierno o entidad estatal, tampoco un organismo internacional, sino la Fundación SM, con sede en España. Toda la retórica latinoamericana no habría logrado reunir a los brasileños con los guatemaltecos, ecuatorianos o argentinos. ¿Tenemos un pasado, presente o futuro común los colombianos y mexicanos, con los boricuas y brasileños?

23

¿Somos representantes de nuestros países aunque no hayamos sido designados por ningún funcionario del estado? ¿Podemos pedir ayuda a nuestros gobiernos? ¿Es el trabajo del agregado cultural asistir a sus connacionales que participan en un congreso en el que se discuten entre muchos otros temas políticas públicas de lectura? ¿Cuál es la responsabilidad de los diplomáticos que representan a nuestros países?

24

La delegación española arregla con eficacia y prontitud su regreso y literalmente a codazos trepan a un avión con la ayuda de su embajador. Los de este lado de Iberoamérica mostramos la precariedad de nuestros estados. A ningún argentino se le ocurre pedirle ayuda a su gobierno. Están habituados al desamparo. En la embajada de Venezuela el portero tiene órdenes de responder que la señora embajadora está muy ocupada. Resulta claro que ahí no hay ciudadanos sino un patrón, sus lacayos y clientes.

En la delegación mexicana casi todos conocemos a *Alguien* que podría ayudarnos. Cada quien por su lado hace lo suyo. Pero como grupo firmamos una carta a la prensa. A la mañana siguiente se presenta el embajador. Expresa preocupación y disposición, pero revela molestia.

Nunca sabremos si habríamos sido atendidos con la misma presteza si no

hubiéramos publicado la carta. Tal vez las respuestas recibidas habrían sido “hay que tener paciencia”, como le dijeron a una paisana que llamó pidiendo ayuda.

25

Somos la última delegación en salir. Los compañeros de Colombia, Perú y Brasil retornaron en aviones oficiales. El de México prometió uno cuando el aeropuerto estaba cerrado a vuelos comerciales. Los periódicos y los familiares nos dicen que ya ha salido. En realidad regresamos en un vuelo comercial de Aeroméxico con boletos comprados por SM o endosados por Lan Chile.

26

Una multitud de periodistas nos recibe como si fuéramos estrellas o deportistas, no simples ciudadanos contentos de regresar a casa. Luego nos enteraremos del enojo de algunos periodistas

ante los “intelectuales” que querían un avión para regresar. Parece una exquisitez pedir algo que es obligación de todo gobierno, protección, información o ayuda. Pero eso ya lo sabíamos antes de partir.

27

No termino de llegar, ni de estar aquí. Me persiguen los ecos. Cualquier sonido dispara alarmas. Cuando entro a un recinto busco la ruta de evacuación. Uno no termina de comprender la precariedad. Ni se resigna a aceptarla.

28

Sismos. Temblores. Terremotos. Réplicas. Todo es cuestión de escalas. Al igual que cuando contrastamos la fragilidad insular a la firmeza de los continentes que no son sino inmensas islas rodeadas de mar. ¿Cómo olvidarlo al tratar de construir una morada? –

– DANIEL GOLDIN

DESCARGA CULTURA.UNAM.MX
El podcast cultural de la Universidad

Grid of speakers: Mario VARGAS LLOSA, DANIEL Sada, Aline PETERSSON, ALVARO Uribe, SALVADOR Elizondo, SERGIO Ramirez, TOMAS ELOY Martinez, Esther SELIGSON, Eduardo LIZALDE, Mauricio MOLINA, MONICA Lavín.

Escúchalos en www.descargacultura.unam.mx
Es fácil, es gratuito, es para llevar, es cultura... ¡Es de la UNAM!